

PERIOLIBROS



FERNANDO PESSOA

ANTOLOGÍA

Traducción:
Octavio Paz

Ilustraciones:
Vieira da Silva

60 ANIVERSARIO

Página/12

FERNANDO PESSOA

El portugués Fernando Pessoa (1888-1935) constituye, dentro de la cultura moderna, un caso absolutamente excepcional: un autor que, por sí mismo, conforma toda una literatura, una constelación de voces, procedimientos y registros literarios en ocasiones tan radicalmente distintos que es difícil aceptar su origen común en la solitaria imaginación de un escritor. Desde su infancia Pessoa comenzó a inventarse amigos ficticios —algunos de ellos sus "dobles"— a los que daba nombre y biografía y con los que incluso mantenía secretas correspondencias. Este juego de desdoblamiento fue convirtiéndose en la forma habitual en que daba rienda suelta a su inagotable creatividad, pues llegó a imaginar 72 heterónimos a lo largo de su vida; con algunos dio a la luz ensayos y poemas escritos en inglés y francés, y con otros (Ricardo Reis, Alberto Caeiro y Álvaro de Campos, principalmente) impulsó movimientos literarios y proyectos estéticos fundamentales para las letras lusitanas. Al morir dejó tras de sí una obra de dimensiones aún desconocidas pues desde 1968 se trabaja en el ordenamiento y el estudio de los más de veintisiete mil escritos inéditos que constituyen su legado en la Biblioteca Nacional de Lisboa. Del monumental acervo de Pessoa sobresalen piezas líricas como *Oda marítima*, el gran poema nacionalista y místico *Mensaje*, *La oda triunfal y otros poemas* de Álvaro de Campos, el célebre *Cancionero*, los *Poemas* de Alberto Caeiro, los no poco voluminosos tomos de *English Poems*, el *Libro del desasosiego*, el *Fausto* y una cantidad abrumadora de artículos y ensayos sobre literatura, esoterismo y política. Con el propósito de ofrecer al lector iberoamericano una visión de conjunto de la fascinante contribución de Fernando Pessoa a la cultura literaria universal, *Periolibros* publica en este número una antología mínima, traducida magistralmente por el poeta Octavio Paz, y suficiente para conocer los múltiples rostros, las incontables obsesiones, los pronfundos paisajes del alma de un hombre que quiso poblar a nuestro siglo con poesía.

VIEIRA DA SILVA

La pintura de Vieira da Silva —sin duda una de las más grandes artistas plásticas del mundo iberoamericano— es una permanente reflexión a la que se ingresa en una búsqueda de espacios en la que el color, la simetría y sus símbolos son preguntas y respuestas; finales y comienzos de una profunda meditación.

María Helena Vieira da Silva nació en Lisboa en 1908. En esta oportunidad *Periolibros* se honra en presentar esta edición que reúne a dos de los más destacados creadores de Portugal.





Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de millones de lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Representante de UNESCO en México / **Adolfo Castañón,** Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**
Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro** / *Promoción* **Héctor Murillo Cruz**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles** / *Supervisión* **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia,** Bolivia; **O Globo,** Brasil; **Sport & Show,** Canadá; **La Nación,** Chile; **El Espectador,** Colombia; **La Nación,** Costa Rica; **Juventud Rebelde,** Cuba; **Hoy,** Ecuador; **La Prensa Gráfica,** El Salvador; **ABC,** España; **El Periódico USA,** Texas, Estados Unidos; **Siglo Veintiuno,** Guatemala; **La Prensa,** Honduras; **Aurora,** Israel; **Organización Editorial Mexicana,** México; **La Prensa,** Nicaragua; **La Estrella de Panamá,** Panamá; **Hoy,** Paraguay; **La República,** Perú; **Diário de Notícias,** Portugal; **Diálogo,** Puerto Rico; **Listín Diario,** República Dominicana; **La República,** Uruguay; **El Nacional,** Venezuela.

ILUSTRACIONES TOMADAS DE LA OBRA DE VIEIRA DA SILVA. AGRADECEMOS EL GENEROSO APOYO DE LA FUNDACIÓN CALOUSTE GULBEKIAN
PERIOLIBROS: APARTADO POSTAL 20-012, COL. SAN ÁNGEL, C.P. 01001, MÉXICO D.F.
Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / julio de 1994

ANTOLOGÍA

EL DESCONOCIDO DE SÍ MISMO

Octavio Paz

Los poetas no tienen biografía. Su obra es su biografía. Pessoa, que dudó siempre de la realidad de este mundo, aprobaría sin vacilar que fuese directamente a sus poemas, olvidando los incidentes y los accidentes de su existencia terrestre. Nada en su vida es sorprendente –nada, excepto sus poemas. No creo que su "caso", hay que resignarse a emplear esta antipática palabra, los explique; creo que, a la luz de sus poemas, su "caso" deja de serlo. Su secreto, por lo demás, está escrito en su nombre: *Pessoa* quiere decir persona en portugués y viene de *persona*, máscara de los actores romanos. Máscara, personaje de ficción, ninguno: Pessoa. Su historia podría reducirse al tránsito entre la irrealidad de su vida cotidiana y la realidad de sus ficciones. Estas ficciones son los poetas Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Ricardo Reis y, sobre todo, el mismo Fernando Pessoa. Así, no es inútil recordar los hechos más salientes de su vida, a condición de saber que se trata de las huellas de una sombra. El verdadero Pessoa es otro.

Nace en Lisboa, en 1888. Niño, queda huérfano de padre. Su madre vuelve a casarse; en 1896 se traslada, con sus hijos, a Durban, África del Sur, adonde su segundo esposo había sido enviado como cónsul de Portugal. Educación inglesa. En 1905 Fernando Pessoa regresa a Lisboa, terminados sus estudios secundarios y cuando está a punto de ingresar en la Universidad del Cabo. Poeta bilingüe, la influencia sajona será constante en su pensamiento y en su obra. En 1907 abandona la Facultad de Letras de Lisboa e instala una tipografía. Fracaso, palabra que se repetirá con frecuencia en su vida. Trabaja después como "correspondente estrangeiro", es decir, como redactor ambulante de cartas comerciales en inglés y francés, empleo modesto que le dará de comer durante casi toda su vida. Cierto, en alguna ocasión se le entreabren, con discreción, las puertas de la carrera universitaria; con el orgullo de los tímidos, rehusa la oferta. Escribí *discreción y orgullo;* quizá debía haber dicho *desgano* y *realismo:* en 1932 aspira al puesto de archivista en una biblioteca y lo rechazan. Pero no hay rebelión en su vida: apenas una modestia parecida al desdén.

Desde su regreso de África no vuelve a salir de Lisboa. Primero vive en una vieja casa, con una tía solterona y una abuela loca; después con otra tía; una temporada con su madre, viuda de nuevo; el resto, en domicilios inciertos. Ve a los amigos en la calle y en el café. Bebedor solitario en tabernas y fondas del barrio viejo. ¿Otros detalles? En 1916 proyecta establecerse como astrólogo. En 1920 se enamora, o cree que se enamora, de una empleada de comercio; la relación no dura mucho: "mi destino", dice en la carta de ruptura, "pertenece a otra Ley, cuya existencia no sospecha usted siquiera..." No se sabe de otros amores. Hay una corriente de homosexualismo doloroso en la *Oda marítima* y en la *Salutación a Whitman*, grandes composiciones que hacen pensar en las que, quince años más tarde, escribiría el García Lorca de *Poeta en Nueva York*. Pero Álvaro de Campos, profesional de la provocación, no es todo Pessoa. Hay otros poetas en Pessoa. Casto, todas sus pasiones son imaginarias; mejor dicho, su gran vicio es la imaginación. Por eso no se mueve de su silla. Y hay otro Pessoa, que no pertenece ni a la vida de todos los días ni a la literatura: el discípulo, el iniciado. Sobre este Pessoa nada puede ni debe decirse. ¿Revelación, engaño, autoengaño? Todo junto, tal vez. Como el maestro de uno de sus sonetos herméticos. Pessoa *conhece e cala.*

Anglómano, miope, cortés, huidizo, vestido de oscuro, reticente y familiar, cosmopolita que predica el nacionalismo, *investigador solemne de cosas fútiles,* humorista que nunca sonríe y nos hiela la sangre, inventor de otros poetas y destructor de sí mismo, autor de paradojas claras como el agua y, como ella, vertiginosas: *fingir es conocerse,* misterioso que no cultiva el misterio, misterioso como la luna del mediodía, taciturno fantasma del mediodía portugués, ¿quién es Pessoa? Pierre Hourcade, que lo conoció al final de su vida, escribe: "Nunca, al despedirme, me atreví a volver la cara; tenía miedo de verlo desvanecerse, disuelto en el aire." ¿Olvido algo? Murió en 1935, en Lisboa, de un cólico hepático. Dejó dos *plaquettes* de poemas en inglés, un delgado libro de versos portugueses y un baúl lleno de manuscritos. Todavía no se publican todas sus obras.

Su vida pública, de alguna manera hay que llamarla, transcurre en la penumbra. Literatura de las afueras, zona mal alumbrada en la que se mueven –¿conspiradores o lunáticos?– las sombras indecisas de Álvaro de Campos, Ricardo Reis y Fernando Pessoa. Durante un instante, los bruscos reflectores del escándalo y la polémica los iluminan. Después, la oscuridad de nuevo. El casi-anonimato y la casi-celebridad. Nadie ignora el nombre de Fernando Pessoa pero pocos saben quién es y qué hace. Reputaciones portuguesas, españolas e hispanoamericanas: "su nombre me suena, ¿es usted periodista o director de cine?" Me imagino que a Pessoa no le desagradaba el equívoco. Más bien lo cultivaba. Temporadas de agitación literaria seguidas por períodos de abulia. Si sus apariciones son aisladas y espasmódicas, golpes de mano para aterrorizar a los cuatro gatos de la literatura oficial, su trabajo solitario es constante. Como todos los grandes perezosos, se pasa la vida haciendo catálogos de obras que nunca escribirá; y según les ocurre también a los abúlicos, cuando son apasionados e imaginativos, para no estallar, para no volverse loco, casi a hurtadillas, al margen de sus grandes proyectos, todos los días escribe un poema, un artículo, una reflexión. Dispersión y tensión. Todo marcado por una misma señal: esos textos fueron escritos por necesidad. Y esto, la fatalidad, es lo que distingue a un escritor auténtico de uno que simplemente tiene talento.

Escribe en inglés sus primeros poemas, entre 1905 y 1908. En aquella época leía a Milton, Shelley, Keats, Poe. Más tarde descubre a Baudelaire y frecuenta a varios "subpoetas portugueses". Insensiblemente vuelve a su lengua natal, aunque nunca dejará de escribir en inglés. Hasta 1912 la influencia de la poesía simbolista y del "saudosismo" es preponderante. En ese año publica sus primeras cosas, en la revista *A Águia*, órgano del "renacimiento por-

tugués". Su colaboración consistió en una serie de artículos sobre la poesía portuguesa. Es muy de Pessoa esto de iniciar su vida de escritor como crítico literario. No menos significativo es el título de uno de sus textos: *Na Floresta do Alheamento*. El tema de la enajenación y de la búsqueda de sí, en el bosque encantado o en la ciudad abstracta, es algo más que un tema: es la sustancia de su obra. En esos años se busca; no tardará en inventarse.

En 1913 conoce a dos jóvenes que serán sus compañeros más seguros en la breve aventura futurista: el pintor Almada Negreiros y el poeta Mario de Sá-Carneiro. Otras amistades: Armando Côrtes-Rodrigues, Luis de Montalvor, José Pacheco. Presos aún en el encanto de la poesía "decadente", aquellos muchachos intentan vanamente renovar la corriente simbolista. Pessoa inventa el "paulismo". Y de pronto, a través de Sá-Carneiro, que vive en París y con el que sostiene una correspondencia febril, la revelación de la gran insurrección moderna: Marinetti. La fecundidad del futurismo es innegable, aunque su resplandor se haya oscurecido después por las abdicaciones de su fundador. La repercusión del movimiento fue instantánea acaso porque, más que una revolución, era un motín. Fue la primera chispa, la chispa que hace volar la pólvora. El fuego corrió de un extremo a otro, de Moscú a Lisboa. Tres grandes poetas: Apollinaire, Mayakovski y Pessoa. El año siguiente, 1914, sería para el portugués el año del descubrimiento o, más exactamente del nacimiento: aparecen Alberto Caeiro y sus discípulos, el futurista Álvaro de Campos y el neoclásico Ricardo Reis.

La irrupción de los heterónimos, acontecimiento interior, prepara el acto público: la explosión de *Orpheu*. En abril de 1915 sale el primer número de la revista; en julio, el segundo y último. ¿Poco? Más bien demasiado. El grupo no era homogéneo. El mismo nombre, *Orpheu* (con ph), ostenta la huella simbolista. Aún en Sá-Carneiro, a pesar de su violencia, los críticos portugueses advierten la persistencia del "decadentismo". En Pessoa la división es neta: Álvaro de Campos es un futurista integral pero Fernando Pessoa sigue siendo un poeta "paulista". El público recibió la revista con indignación. Los textos de Sá-Carneiro y de Campos provocaron la furia habitual de los periodistas. A los insultos sucedieron las burlas; a las burlas, el silencio. Se cumplió el ciclo. ¿Quedó algo? En el primer número apareció la *Oda triunfal;* en el segundo, la *Oda marítima*. El primero es un poema que, a despecho de sus tics y afectaciones, posee ya el tono directo de *Tabaquería*, la visión del poco peso del hombre frente al peso bruto de la vida social. El segundo es algo más que los fuegos de artificio de la poesía futurista: un gran espíritu delira en voz alta y su grito nunca es animal ni sobrehumano. El poeta no es un "pequeño Dios" sino un ser caído. Los dos poemas recuerdan más a Whitman que a Marinetti, a un Whitman ensimismado y negador. No es esto todo. La contradicción es el sistema, la forma de su coherencia vital: al mismo tiempo que las dos odas, escribe *O Guardador de Rebanhos,* libro póstumo de Alberto Caeiro, los poemas latinizantes de Reis y *Epithalamium y Antinous*, "dois poemas inglêses meus, muito indecentes, e portanto impublicáveis em Inglaterra".

La aventura de *Orpheu* se interrumpe bruscamente. Algunos, ante los ataques de los periodistas y asustados quizá por las intemperancias de Álvaro de Campos, escurren el bulto. Sá-Carneiro, siempre inestable, regresa a París. Un año después se suicida. Nueva tentativa en 1917: el único número de *Portugal Futurista*, dirigida por Almada Negreiros, en el que aparece el *Ultimatum* de Álvaro de Campos. Hoy es difícil leer con interés ese chorro de diatribas, aunque algunas guardan aún su saludable virulencia: "D' Annunzio, don Juan en Patmos; Shaw, tumor frío del ibsenismo; Kipling, imperialista de la chatarra..."

El episodio de *Orpheu* termina en la dispersión del grupo y en la muerte de uno de sus guías. Habrá que esperar quince años y una nueva generación. Nada de esto es insólito. Lo asombroso es la aparición del grupo, adelante de su tiempo y de su sociedad. ¿Qué se escribía en España y en Hispanoamérica por esos años?

El siguiente período es de relativa oscuridad. Pessoa publica dos cuadernos de poesía inglesa, *35 Sonnets* y *Antinous*, que comentan el *Times* de Londres y el *Glasgow Herald* con mucha cortesía y poco entusiasmo. En 1922 aparece la primera colaboración de Pessoa en *Contemporânea*, una nueva revista literaria: *O Banqueiro Anarquista*. También son de esos años sus veleidades políticas: elogios del nacionalismo y del régimen autoritario. La realidad lo desengaña y lo obliga a desmentirse: en dos ocasiones se enfrenta al poder público, a la Iglesia y a la moral social. La primera para defender a Antonio Botto, autor de *Canções*, poemas de amor uranista. La segunda contra la "Liga de acción de los estudiantes", que perseguía al pensamiento libre con el pretexto de acabar con la llamada "literatura de Sodoma". César es siempre moralista. Álvaro de Campos distribuye una hoja: *Aviso por causa da moral;* Pessoa publica un manifiesto; y el agredido, Raúl Leal, escribe el folleto: *Uma lição de moral aos estudantes de Lisboa e o descaramento da Igreja Católica*. El centro de gravedad se ha desplazado del arte libre a la libertad del arte. La índole de nuestra sociedad es tal que el creador está condenado a la heterodoxia y a la oposición. El artista lúcido no esquiva ese riesgo moral.

En 1924, una nueva revista: *Atena*. Dura sólo cinco números. Nunca segundas partes fueron buenas. En realidad, *Atena* es un puente entre *Orpheu* y los jóvenes de *Presença* (1927). Cada generación escoge, al aparecer, su tradición. El nuevo grupo descubre a Pessoa: al fin ha encontrado interlocutores. Demasiado tarde, como siempre. Poco tiempo después, un año antes de su muerte, ocurre el grotesco incidente del certamen poético de la Secretaría de la Propaganda Nacional. El tema, claro está, era un canto a las glorias de la nación y del imperio. Pessoa envía *Mensagem*, poemas que son una interpretación "ocultista" y simbólica de la historia portuguesa. El libro debe haber dejado perplejos a los funcionarios encargados del concurso. Le dieron un premio de "segunda categoría". Fue su última experiencia literaria.

Todo empieza el 8 de marzo de 1914. Pero es mejor transcribir un fragmento de una carta de Pessoa a uno de los muchachos de *Presença*, Adolfo Casais Monteiro: "Por ahí de 1912 me vino la idea de escribir unos poemas de índole pagana. Pergeñé unas cosas en verso irregular (no en el estilo de Álvaro de Campos) y luego abandoné el intento. Con todo, en la penumbra confusa, entreví un vago retrato de la persona que estaba haciendo aquello (había nacido, sin que yo lo supiera, Ricardo Reis). Año y medio, o dos años después, se me ocurrió tomarle el pelo a Sá-Carneiro –inventar un poeta bucólico, un tanto complicado, y presentarlo, no me acuerdo ya en qué forma, como si fuese un ente real. Pasé unos días en esto sin conseguir nada. Un día, cuando finalmente había desistido –fue el 8 de marzo de 1914– me acerqué a una cómoda alta y, tomando un manojo de papeles, comencé a escribir de pie, como escribo siempre que puedo. Y escribí treinta y tantos poemas seguidos, en una suerte de éxtasis cuya naturaleza no podría definir. Fue el día triunfal de mi vida y nunca tendré otro así. Empecé con un título, *El guardián de rebaños*. Y lo que siguió fue la aparición de alguien en mí, al que inmediatamente llamé Alberto Caeiro. Perdóneme lo absurdo de la frase: en mí apareció mi maestro. Esa fue la sensación inmediata que tuve. Y tanto fue así que, apenas escritos los treinta poemas, en otro papel escribí, también sin parar, *Lluvia oblicua*, de Fernando Pessoa. Inmediata y enteramente... Fue el regreso de Fernando Pessoa-Alberto Caeiro a Fernando Pessoa a secas. O mejor: fue la reacción de Fernando Pessoa contra su inexistencia como Alberto Caeiro... Aparecido Caeiro, traté luego de descubrirle, inconsciente e instintivamente, unos discípulos. Arranqué de su falso paganismo al Ricardo Reis latente, le descubrí un nombre y lo ajusté a sí mismo, porque a esas alturas ya lo *veía*. Y de pronto, derivación opuesta de Reis, surgió impetuosamente otro individuo. De un trazo, sin interrupción ni enmienda, brotó la *Oda triunfal*, de Álvaro de Campos. La oda con ese nombre y el hombre con el nombre que tiene." No se qué podría agregarse a esta confesión.

La psicología que nosofrece varias explicaciones. El mismo Pessoa, que se interesó en su caso, propone dos o tres. Una crudamente patológica: "probablemente soy un histérico neurasténico... y esto explica, bien o mal, el origen orgánico de los heterónimos". Yo no diría "bien o mal" sino poco. El defecto de estas hipótesis no consiste en que sean falsas: son incompletas. Un neurótico es un poseído; el que domina sus trastornos: ¿es un enfermo? El neurótico padece sus obsesiones; el creador es su dueño y las transforma. Pessoa cuenta que desde niño vivía entre personajes imaginarios. ("No sé, por supuesto, si ellos son los





que no existen o si soy yo el inexistente: en estos casos no debemos ser dogmáticos.") Los heterónimos están rodeados de una masa fluida de semiseres: el barón de Teive; Jean Seul, periodista satírico francés; Bernardo Soares, fantasma del fantasmal Vicente Guedes; Pacheco, mala copia de Campos... No todos son escritores: hay un Mr. Cross, infatigable participante en los concursos de charadas y crucigramas de las revistas inglesas (medio infalible, creía Pessoa, para salir de pobre), Alexander Search y otros. Todo esto –como su soledad, su alcoholismo discreto y tantas otras cosas– nos da luces sobre su carácter pero no nos explica sus poemas, que es lo único que en verdad nos importa.

Lo mismo sucede con la hipótesis "ocultista", a la que Pessoa, demasiado analítico, no acude abiertamente pero que no deja de evocar. Sabido es que los espíritus que guían la pluma de los mediums, inclusive si son los de Eurípides o Víctor Hugo, revelan una desconcertante torpeza literaria. Otros aventuran que se trata de una "mistificación". El error es doblemente grosero: ni Pessoa es un mentiroso ni su obra es una superchería. Hay algo terriblemente soez en la mente moderna; la gente, que tolera toda suerte de mentiras indignas en la vida real, y toda suerte de realidades indignas, no soporta la existencia de la fábula. Y eso es la obra de Pessoa: una fábula, una ficción. Olvidar que Caeiro, Reis y Campos son creaciones poéticas, es olvidar demasiado. Como toda creación, esos poetas nacieron de un juego. El arte es un juego –y otras cosas. Pero sin juego no hay arte.

La autenticidad de los heterónimos depende de su coherencia poética, de su verosimilitud. Fueron creaciones necesarias, pues de otro modo Pessoa no habría consagrado su vida a vivirlos y crearlos; lo que cuenta ahora no es que hayan sido necesarios para su autor sino si lo son también para nosotros. Pessoa, su primer lector, no dudó de su realidad. Reis y Campos dijeron lo que quizá él nunca habría dicho. Al contradecirlo, lo expresaron; al expresarlo, lo obligaron a inventarse. Escribimos para ser lo que somos o para ser aquello que no somos. En uno o en otro caso, nos buscamos a nosotros mismos. Y si tenemos la suerte de encontrarnos –señal de creación– descubriremos que somos un desconocido. Siempre el otro, siempre él, inseparable, ajeno, con tu cara y la mía, tú siempre conmigo y siempre solo.

Los heterónimos no son antifaces literarios: "Lo que escribe Fernando Pessoa pertenece a dos categorías de obras, que podríamos llamar ortónimas y heterónimas. No se puede decir que son anónimas o pseudónimas porque de veras no lo son. La obra pseudónima es del autor en su persona, salvo que firma con otro nombre; la heterónima es del autor *fuera* de su persona..." Gérard de Nerval es el pseudónimo de Gérald Labrunie: la misma persona y la misma obra; Caeiro es un heterónimo de Pessoa: imposible confundirlos. Más próximo, el caso de Antonio Machado es también diferente. Abel Martín y Juan de Mairena no son enteramente el poeta Antonio Machado. Son máscaras pero máscaras transparentes: un texto de Machado no es distinto a uno de Mairena. Además, Machado no está poseído por sus ficciones, no son criaturas que lo habitan, lo contradicen o lo niegan. En cambio, Caeiro, Reis y Campos son los héroes de una novela que nunca escribió Pessoa. "Soy un poeta dramático", confía en una carta a J.G. Simões. Sin embargo, la relación entre Pessoa y sus heterónimos no es idéntica a la del dramaturgo o el novelista con sus personajes. No es un inventor de personajes-poetas sino un creador de obras-de-poetas. La diferencia es capital. Como dice Casais Monteiro: "inventó las biografías para las obras y no las obras para las biografías". Esas obras –y los poemas de Pessoa, escritos frente, por y contra ellas– son su obra poética. Él mismo se convierte en una de las obras de su obra. Y ni siquiera tiene el privilegio de ser el crítico de esa *coterie:* Reis y Campos lo tratan con cierta condescendencia; el barón de Teive no siempre lo saluda; Vicente Guedes, el archivista, se le asemeja tanto que cuando lo encuentra, en una fonda de barrio, siente un poco de piedad por sí mismo. Es el encantador hechizado, tan totalmente poseído por sus fantasmagorías que se siente mirado por ellas, acaso despreciado, acaso compadecido. Nuestras creaciones nos juzgan.

NOTA: Este fragmento fue sacado de las "*Obras Completas de Octavio Paz*", T.2, FCE-Círculo de Lectores, 1993, pp. 150-158.

POEMAS DE ALBERTO CAEIRO

I

Bastante metafísica hay en no pensar en nada.
¿Lo que pienso del mundo?
¿Sé yo lo que pienso del mundo?
Si me enfermase, pensaría.

¿Qué idea tengo de las cosas?
¿Qué opinión sobre las causas y los efectos?
¿He meditado sobre Dios y el alma
Y sobre la creación del mundo?
No sé. Para mí pensar en esto es cerrar los ojos
Y no pensar. Y correr las cortinas
De mi ventana (que no tiene cortinas).

¿El misterio de las cosas? ¿Sé lo que es misterio?
El único misterio es que alguien piense en el misterio.
Aquel que está al sol y cierra los ojos
Comienza a no saber lo que es el sol
Y piensa cosas llenas de calor.
Si abre los ojos y ve al sol
No puede ya pensar en nada
Porque la luz del sol vale más que los pensamientos
De todos los filósofos y todos los poetas.
La luz del sol no sabe lo que hace
Y por eso no yerra y es común y buena.

¿Metafísica? ¿Qué metafísica tienen esos árboles?
La de ser verdes y copudos y echar ramas
Y dar frutos a su hora –nada que nos haga pensar,
A nosotros, que no podemos dar por ellos.
¿Qué metafísica mejor que la suya,
No saber para qué viven
Ni saber que no lo saben?

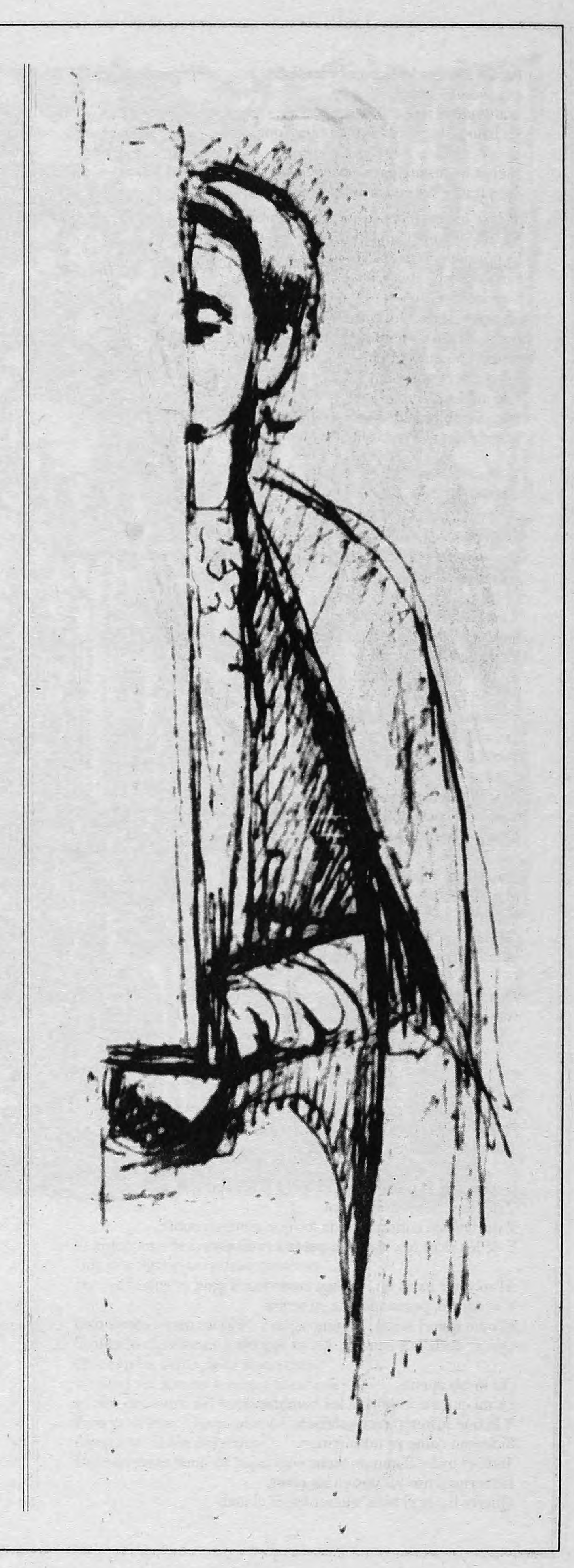
"Constitución íntima de las cosas..."
"Sentido íntimo del universo..."
Todo esto es falso, todo esto no quiere decir nada.
Es increíble que pueda pensarse así.
Es como pensar en razones y fines
Mientras reluce al comenzar la mañana
Y al flanco de los árboles la sombra
Va perdiéndose en un oro vago y lustroso.

Pensar en el sentido íntimo de las cosas
Es aumentarlo, como cavilar sobre la salud
O llevar un vaso de agua a la fuente.
El único sentido íntimo de las cosas
Es que no tienen sentido íntimo alguno.

No creo en Dios porque nunca lo he visto.
Si él quisiera que yo creyese en él
Sin duda que vendría a hablar conmigo,
Empujaría la puerta y entraría
Diciéndome: ¡Aquí estoy!

(Tal vez esto suene ridículo
Para aquel que, por no saber lo que es mirar las cosas,
No comprende al que habla de ellas
Con el modo de hablar que enseña el verlas de verdad.)

Si Dios es las flores y los árboles,
Los montes, el sol y el claro de luna,
Entonces creo en él,
Creo en él a todas horas,
Toda mi vida es oración y misa,
Una comunión con los ojos y los oídos.



Pero si Dios es los árboles y las flores,
Los montes, la luna, el sol,
¿Para qué lo llamo Dios?
Lo llamo flores, árboles, montes, luna, sol.

Si él se ha hecho, para que yo lo vea,
Sol y luna y flores y árboles y montes,
Si él se me presenta como árbol y monte
Y claro de luna y sol y flor,
Es porque quiere que yo lo conozca
Como árbol, monte, luna, sol, flor.
Y yo lo obedezco
(¿Sé yo más de Dios que Dios de sí mismo?),
Lo obedezco viviendo espontáneamente,
Como uno que abre los ojos y ve,
Y lo llamo luna y sol y flores y árboles y montes
Y lo amo sin pensar en él
Y lo pienso con los ojos y los oídos
Y ando con él a todas horas.

II

El Tajo es más bello que el río que corre por mi pueblo,
Pero el Tajo no es más bello que el río que corre por mi pueblo
Porque el Tajo no es el río que corre por mi pueblo.
El Tajo tiene grandes naves
Y en él navegan todavía,
Para aquellos que en todo ven lo que ya no es,
Memorias de las naos.

El Tajo baja de España
Y entra en el mar de Portugal.
Eso toda la gente lo sabe.
Pocos saben cuál es el río de mi pueblo
Y hacia adónde va
Y de dónde viene.
Y por eso, porque es de menos gente,
Es más libre y más ancho el río de mi pueblo.

Por el Tajo se va hacia el mundo.
Más allá del Tajo está América
Y la fortuna, para los afortunados.
Nadie ha pensado nunca en lo que hay
Más allá del río de mi pueblo.

El río de mi pueblo no hace pensar en nada.
Aquel que está a su orilla está sólo a su orilla.

III

Ayer en la tarde un hombre de ciudades
Hablaba a la puerta de la posada.
También hablaba conmigo.

Hablaba de la justicia y de la lucha por la justicia
Y de los obreros que sufren
Y del trabajo constante y de los que tienen hambre
Y de los ricos que dan la espalda a todo esto.

Al volverse hacia mí, vio lágrimas en mis ojos.
Y se sonrió, pensando que yo sentía
El odio que él sentía, la compasión
Que él decía que sentía.

(Yo lo oía apenas.
¿A mí qué me importan los hombres
Y lo que sufren o creen sufrir?
Si fuesen como yo no sufrirían.
Todo el mal del mundo viene
De torturarnos los unos a los otros,
Querer hacer el bien, querer hacer el mal.
A mí me basta con mi alma y la tierra y el cielo.
Querer más es perder esto, es la desdicha.)

Y lo que yo estaba pensando
Mientras hablaba el amigo de los hombres
(Y eso me conmovió hasta las lágrimas)
Era que el murmullo lejano de los cencerros
En ese atardecer
No se parecía a las campanas de una capilla
En donde oyesen misa flores y regatos
Y las almas simples como la mía.

(Loado sea Dios porque no soy bueno
Y tengo el egoísmo natural de las flores
Y de los ríos que siguen su camino
Preocupados, sin saberlo,
Sólo en florecer y correr.
Ésa es la única misión del mundo,
Ésa –existir claramente
Y saber hacerlo sin pensar en ello.)

Y el hombre callaba, mirando al poniente.
¿Mas qué tiene en común el poniente con el que odia y ama?

IV

El misterio de las cosas, ¿dónde está?
Si apareciese, al menos,
Para mostrarnos que es misterio.
¿Qué sabe de esto el río, qué sabe el árbol?
Y yo, que no soy más, ¿qué se yo?
Siempre que veo las cosas
Y pienso en lo que los hombres piensan de ellas,
Río con el fresco sonido del río sobre la piedra.

El único sentido oculto de las cosas
Es no tener sentido oculto.
Más raro que todas las rarezas,
Más que los sueños de los poetas
Y los pensamientos de los filósofos,
Es que las cosas sean realmente lo que parecen ser
Y que no haya nada qué comprender.

Sí, eso es lo que aprendieron solos mis sentidos:
Las cosas no tienen significación: tienen existencia.
Las cosas son el único sentido oculto de las cosas

V

De esta manera o de la otra,
Con tino o sin tino,
Diciendo a veces lo que pienso,
Otras a medias y con impurezas,
Escribo mis versos sin querer,
Como si escribir no fuese algo hecho de gestos,
Como si escribir fuese algo que me acontece
Como tomar el sol si salgo.

Procuro decir lo que siento
Sin pensar en lo que siento,
Procuro encastrar las palabras en la idea
Sin usar el corredor
Del pensamiento a las palabras.

No siempre logro sentir lo que debería sentir.
Tras mucho divagar mi pensamiento cruza a nado el río:
Le pesan los vestidos impuestos por los hombres.

Procuro desaprender lo que aprendí,
Olvidar el modo de recordar que me enseñaron,
Borrar la tinta con que me pintarrajearon los sentidos,



Desencajonar mis emociones verdaderas,
Desembrollarme y ser yo –no Alberto Caeiro,
Sino un animal humano, producto natural.

Y así escribo, quiero sentir a la naturaleza,
No sentirla como un hombre,
Sino naturalmente y nada más.
Y así escribo, ora bien, ora mal,
Acertando con lo que quiero decir,
O tropezando; y aquí caigo y allá me levanto
Y sigo siempre mi camino de ciego testarudo.

Aún así, soy alguien:
El descubridor de la naturaleza,
El argonauta de las verdaderas sensaciones.
Doy al universo un nuevo universo
Porque le doy su propio universo.

Esto siento y esto escribo,
Sabiendo claramente y sin que lo vea
Que son las cinco de la madrugada
Y que el sol aún no muestra la cabeza
Arriba del muro del horizonte.
Pero ya se le ven las puntas de los dedos
Agarradas al filo del muro
Del horizonte lleno de bajas montañas.

VI

De la más alta ventana de mi casa
Digo adiós con mi pañuelo
A mis versos que van hacia los hombres.

No estoy ni alegre ni triste.
Éste es el destino de los versos.
Los escribí y debo mostrarlos a todos.
No podría ser de otro modo,
La flor no puede ocultar su color,
Ni el río disimular su curso,
Ni el árbol esconder sus frutos.

Se alejan ya, como la diligencia,
Y yo, sin quererlo, siento pena
Como si me doliese el cuerpo.

¿Quién los leerá?
¿A qué manos irán?
Flor, me han cortado para los ojos;
Árbol, me arrancaron los frutos para las bocas;
Río, el destino de mis aguas era dejarme.
Me someto y me siento casi alegre,
Casi alegre como el que se cansa de estar triste.

Se van, se han ido.
Pasa el árbol y se queda disperso en la tierra.
La flor se aja y dura siempre su polvo.
El río entra al mar y sus aguas son siempre suyas.
Paso y me quedo, como el universo.

VII

Entro y cierro la ventana.
Traen una bujía, me dicen buenas noches
Y mi voz contenta da las buenas noches.
Ojalá que mi vida sea siempre así:
El día de sol o de suave lluvia
O de tempestad de fin de mundo,
La tarde dulce y las bandas que pasan
Contempladas desde la ventana,
El último vistazo amigo al árbol sosegado,
Y después, cerrada la ventana, la bujía encendida,
Sin leer, sin pensar en nada, sin dormir,
Sentir correr en mí la vida como un río en su lecho.
Afuera un gran silencio como un dios dormido.

VIII

Dices: tú eres algo más
Que una piedra o una planta.
Dices: sientes, piensas y sabes
Que piensas y sientes.
Entonces, ¿las piedras escriben versos?,
¿Las plantas tienen ideas sobre el mundo?

Sí, hay una diferencia.
No la diferencia que tú crees:
Tener conciencia no me obliga a tener teorías sobre las cosas:
Me obliga a ser consciente.

¿Soy más que una piedra o una planta? No lo sé.
Soy diferente. No sé si esto es más o menos.
¿Tener conciencia es más que tener color?
Tal vez sí, tal vez no.
Apenas sé que es diferente,
Sólo diferente. Más, nadie puede probarlo.

Sé que la piedra es real y que la planta existe.
Esto lo sé porque ellas existen,
Lo sé porque lo dicen mis sentidos.
Sé que yo también soy real,
Lo sé porque lo dicen mis sentidos,
Aunque lo dicen con menos claridad que de piedras y plantas.
Eso es todo lo que sé.

Sí, yo escribo versos –y la piedra no los escribe.
Sí, tengo ideas sobre el mundo –y la planta no las tiene.
Las piedras no son poetas: son piedras.
Las plantas son plantas, no pensadores.
¿Voy a decir por eso que soy superior a ellas?
También podría decir lo contrario.
Pero no digo esto ni aquello. Digo
De la piedra: es una piedra. Digo
De la planta: es una planta. Y digo
De mí: soy. No digo más.
¿Hay algo más qué decir?

IX

Todos los días descubro
La espantosa realidad de las cosas:
Cada cosa es lo que es.
Qué difícil es decir esto y decir
Cuánto me alegra y cómo me basta.
Para ser completo existir es suficiente.

He escrito muchos poemas.
Claro, he de escribir otros más.
Cada poema mío dice lo mismo,
Cada poema mío es diferente,
Cada cosa es una manera distinta de decir lo mismo.

A veces miro una piedra.
No pienso que ella siente,
No me empeño en llamarla hermana.
Me gusta por ser piedra,
Me gusta porque no siente,
Me gusta porque no tiene parentesco conmigo.

Otras veces oigo pasar el viento:
Vale la pena haber nacido
Sólo por oír pasar el viento.

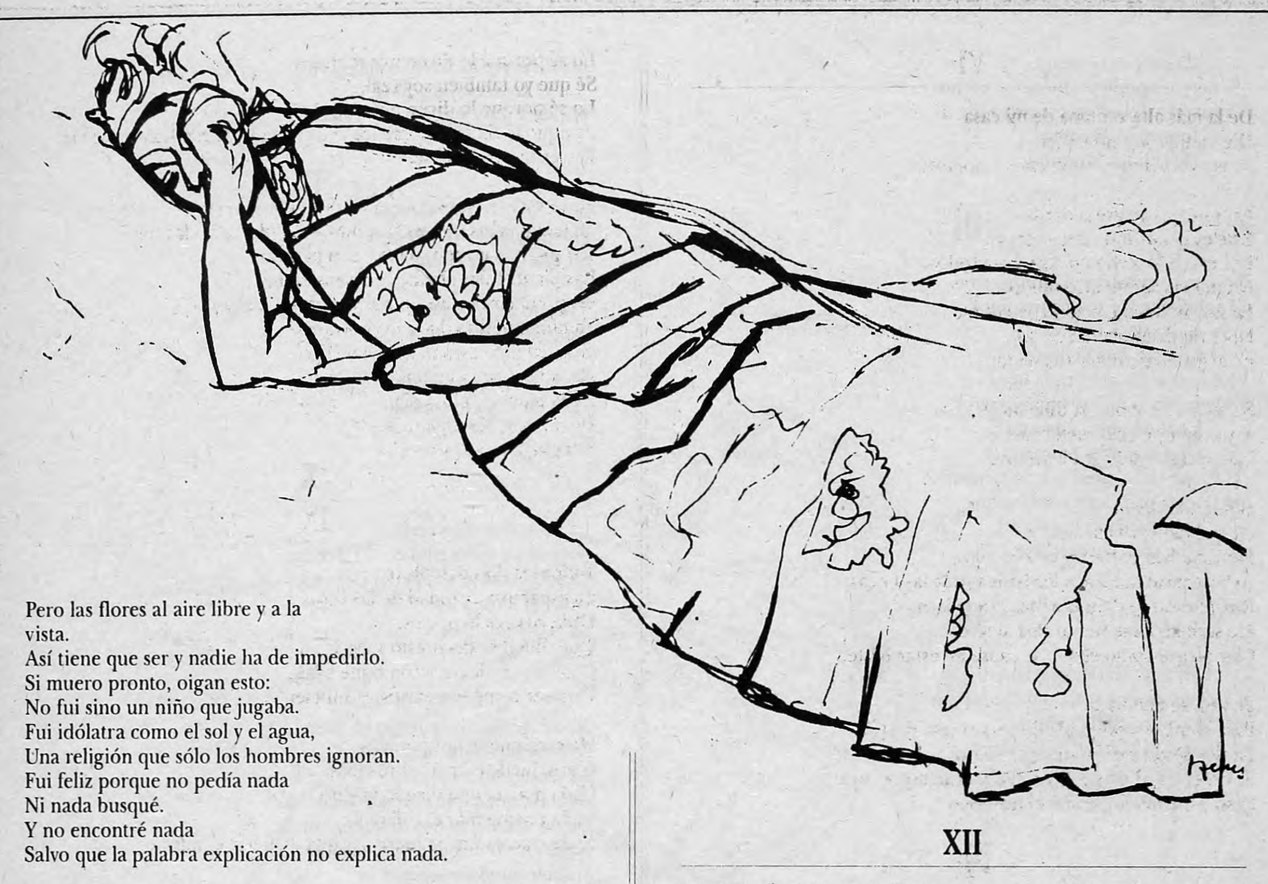
No sé qué pensarán los otros al leer esto;
Creo que ha de ser bueno porque lo pienso sin esfuerzo;
Lo pienso sin pensar que otros me oyen pensar,
Lo pienso sin pensamientos,
Lo digo como lo dicen mis palabras.

Una vez me llamaron poeta materialista.
Y yo me sorprendí: nunca había pensado
Que pudiesen darme este o aquel nombre.
Ni siquiera soy poeta: veo.
Si vale lo que escribo, no es valer mío.
El valer está ahí, en mis versos.
Todo esto es absolutamente independiente de mi voluntad.

X

Si muero pronto,
Sin poder publicar ningún libro,
Sin ver la cara que tienen mis versos en letras de molde,
Ruego, si se afligen a causa de esto,
Que no se aflijan.
Si ocurre, era lo justo.

Aunque nadie imprima mis versos,
Si fueron bellos, tendrán hermosura.
Y si son bellos, serán publicados:
Las raíces viven soterradas



Pero las flores al aire libre y a la vista.
Así tiene que ser y nadie ha de impedirlo.
Si muero pronto, oigan esto:
No fui sino un niño que jugaba.
Fui idólatra como el sol y el agua,
Una religión que sólo los hombres ignoran.
Fui feliz porque no pedía nada
Ni nada busqué.
Y no encontré nada
Salvo que la palabra explicación no explica nada.

Mi deseo fue estar al sol o bajo la lluvia.
Al sol cuando había sol,
Cuando llovía bajo la lluvia
(Y nunca de otro modo),
Sentir calor y frío y viento
Y no ir más lejos.

Quise una vez, pensé que me amarían.
No me quisieron.
La única razón del desamor:
Así tenía que ser.

Me consolé en el sol y en la lluvia.
Me senté otra vez a la puerta de mi casa.
El campo, al fin de cuentas, no es tan verde
Para los que son amados como para los que no lo son:
Sentir es distraerse.

XI

Si, después de muerto, quieren escribir mi biografía,
Nada será más simple:
Dos fechas –nacimiento y muerte–.
Entre una y otra todos los días son míos.

Es fácil definirme.
Viví como un réprobo.
Amé las cosas sin sentimentalismo.
No tuve deseos irrealizables, no me cegué.
El mismo oír no fue sino compañía del ver.
Comprendí que las cosas son reales y diferentes.
Lo comprendí con los ojos, no con el pensamiento.
Comprenderlo con el pensamiento sería hacerlas iguales.

Un día me dio sueño como a cualquier criatura.
Cerré los ojos y me dormí.
Fuera de eso, fui el único poeta de la naturaleza.

XII

También yo sé hacer conjeturas.
En cada cosa hay aquello que la anima.
En la planta está afuera y es una ninfa pequeña.
En el animal un ser interior y remoto.
En el hombre es el ánima que vive con él y ya es él.
En los dioses tiene el mismo tamaño
Y ocupa el mismo espacio que el cuerpo
Y es la misma cosa que el cuerpo.
Por eso se dice que los dioses nunca mueren.
Por eso los dioses no tienen cuerpo y alma
Sino sólo cuerpo y son perfectos.
El cuerpo es lo que tienen de alma
Y tienen la conciencia en su propio cuerpo divino.

ODAS DE RICARDO REIS

I

Las rosas amo del jardín de Adonis,
Esas volubles amo, Lidia, rosas.
Mueren el mismo día
Que nacen: luz eterna
Es su día, pues nacen cuando nace
El sol, brillan con él, en él se queman,
Y antes que el carro alado
Apolo deje, mueren.
Hagamos, Lidia, nuestra vida un día,
Olvidemos adrede que la noche
Antes está, y después,
Del poco que duramos.

II

La noche yo no canto porque en noche
Mi canto ha de acabar y el sol que canto.
No ignoro lo que olvido,

Canto por olvidarlo.
¡Si detener pudiese, fuera en sueño,
La carrera del sol, reconocerme,
Insensato, gemelo
De la hora inmortal!

III

No quiero recordar ni conocerme.
Es suficiente ver esto que somos.
Basta para vivir
Ignorar que vivimos.
Vive lo que vivimos cada hora
Y al vivirlo lo muere con nosotros:
Cuando pasa, sabemos
Que nosotros pasamos.
¿Mas qué sirve saber que lo sabemos?
Sin poder, nada vale conocernos.
Mejor vida es la vida
Que pasa sin medirse.

IV

Pasan dioses, Mesías que son dioses,
Y los sueños que son también Mesías:
La tierra calla y dura.
Ni dioses, ni Mesías, ni las vanas
Ideas y sus rosas: las que tengo
Son mías, ¿qué más quiero?

V

Ser grande es ser entero: no exageres,
Nada podes tampoco.
Completo en cada cosa: también, grande,
Estás en lo pequeño.
En cada lago, así, toda la luna
Brilla: vive en la altura.

VI

Sólo pido a los dioses me concedan
Nada pedirles. Yugo
Es la dicha, cadena la ventura:
Toda certeza oprime.
Ni quieto ni agitado, suspendido
En la ola del tiempo,
Sea mi ser idéntico a sí mismo.

VII

Lidia: ignoramos. Somos extranjeros
Allí donde pisamos.
Lidia: ignoramos. Somos extranjeros
Allí donde moramos.

Todo es ajeno y habla lengua extraña.
Contra injuria y tumulto
Hagamos una ermita de nosotros.
El amor ¿qué más quiere?

Un sagrario sagrado por nosotros.

VIII

Vive sin horas. Cuanto mide pesa
Y mide cuanto piensas.
En el correr incierto, como el río
Cuyas ondas son él,
Mírate y pasa y al mirarte calla.

IX

Flores que corto o dejo,
Su destino no altero.

Vía que sigo, llega
Aunque yo no la siga.

Nada somos que valga,
Pues en vano lo somos.

X

La suerte, menos verla,
Niégueme todo: estoico sin dureza,
La sentencia grabada del Destino,
Gozarla letra a letra.

XI

No sé de quién recuerdo mi pasado,
Otro lo fui, ni me conozco
Al sentir con mi alma
Aquella ajena que al sentir recuerdo.
De un día a otro nos desamparamos.
Nada cierto nos une con nosotros,
Somos quien somos y es
Cosa vista por dentro lo que fuimos.

XII

Súbdito inútil de astros dominantes,
Como yo pasajeros, sin amor o deseo,
Vivo, en la cárcel de ser yo, mi vida
Mía porque soy ella... Mas con todo,
De mi pensar en mí me libro
—Mirando las estrellas,
Señoras de la altura, sometidas
A brillar y dejar que las miremos.

Vastedad vana, fingido infinito
(¡Medido con los ojos!)
¿Ha de dar libertad quien no la tiene?

XIII

Bajo leve tutela de
Dioses descuidados
Quiero gastar las horas concedidas,
Mías aunque prestadas.

Si nada puedo contra
El ser que me dieron,
Al menos deme su desdén el hado:
La paz y no el destino.

No quiero la verdad,
Sólo quiero la vida.
Vida los dioses dan, no dan verdades
Ni saben qué es verdad.

POEMAS DE ÁLVARO DE CAMPOS

Oda triunfal

A la dolorosa luz de las grandes lámparas eléctricas de la fábrica
Tengo fiebre y escribo.
Escribo rechinando los dientes, rabioso ante esta belleza,
Esta belleza totalmente desconocida para los antiguos.

¡Oh ruedas, engranajes, eterno r-r-r-r-r-!
¡Fuerte espasmo retenido de los mecanismos en furia!
En furia dentro y fuera de mí,
En todos mis nervios distendidos
Y en todas las papilas abiertas hacia fuera y hacia todo.
Tengo los labios secos de tanto oír tan cerca
Los grandes ruidos modernos
Y mi cabeza arde por cantarlos con una demasía de expresión
De todas mis sensaciones excesivas,
Con un exceso contemporáneo de vosotras, oh máquinas.

Febril y mirando los motores como una naturaleza tropical,
Grandes trópicos humanos de hierro y fuego y fuerza,
Canto, canto al presente y también al pasado y al futuro,
Porque el presente es todo el pasado y todo el futuro
Y hay Platones, y Virgilios en las máquinas y las luces eléctricas
Porque los hubo antes y Virgilio y Platón fueron hombres
Y pedazos del Alejandro Magno tal vez del siglo L,
Átomos que tal vez darán fiebre al Esquilo del siglo C,
Corren por estas correas de transmisión y por estos émbolos y volantes,
Rugiendo, rechinando, repicando, taladrando, retumbando,
Con un exceso de caricias al cuerpo que son una sola caricia para el espíritu.

¡Ah, poder expresarme totalmente como se expresa un motor!
Ser completo como una máquina.
Poder circular triunfalmente por la vida como un auto último modelo.
Poder al menos impregnarme físicamente de todo esto,
Rasgarme enteramente, abrirme completamente, permeable
A todos los perfumes de los aceites y a los carbones
De esta flora estupenda, negra, artificial, insaciable.
Fraternidad con todas las dinámicas.
Furia promiscua de ser parte-agente
Del rodar férreo y cosmopolita
De los trenes que avanzan intrépidos,
De los barcos de carga y sus faenas de transporte,
Del girar lento y lúbrico de las grúas,
Del disciplinado tumulto de las fábricas
Y del casi silencio susurrante y monótono de las correas de transmisión.

Horas europeas, productoras, comprimidas
Entre máquinas y afanes utilitarios,
Grandes ciudades varadas en los cafés,
Nuestros cafés, oasis de inutilidades ruidosas
Donde cristalizan y se precipitan
Los rumores y los gestos de lo Útil
Y las ruedas y las ruedas dentadas y los cojinetes del progreso.
Nueva Minerva desalmada de los muelles y las estaciones.
Nuevos entusiasmos del tamaño del Momento.
Quillas de chapas de hierro sonriente acostadas en los embarcaderos
O en seco, erguidas en los planos inclinados de los puertos.
Actividad internacional, trasatlántica, *Canadian-Pacific.*
Luces y febril pérdida del tiempo en bares y hoteles,
En los Longchamp y Derby y Ascot
Y Picadilly y Avenida de la Ópera que entran
Por mi alma hacia dentro.

¡E-yá, las calles, e-yá, las plazas, e-yá, e-yá, *la foule!*
todo el que pasa y todo el que se para frente a los escaparates,
Comerciantes, vagos, *escrocs* exageradamente bien vestidos,
Miembros notorios de los clubes aristocráticos,
Escuálidas figuras dudosas, jefes de familia vagamente felices
Y paternales hasta en la cadena de oro que les cruza
El chaleco de bolsillo a bolsillo.
¡Todo lo que pasa, todo lo que pasa y nunca pasa!
Presencia demasiado acentuada de las *cocottes,*
Banalidad interesante (¿y quién sabe lo que sucede dentro?)
De las burguesitas, madre e hija generalmente,
Recorriendo las calles sin propósito fijo,
La gracia femenina y falsa de los pederastas que pasan con lentitud,
¡Y toda la gente simplemente elegante que pasea y se exhibe,
Dueña, después de todo, de un alma!

(¡Ah, cómo desearía ser el *souteneur* de todo esto!)

La maravillosa belleza de las corrupciones políticas,
Deliciosos escándalos financieros y diplomáticos,
Agresiones políticas en las calles,
Y de vez en cuando el cometa de un regicidio
Iluminando de prodigio y fanfarria los cielos
Rutinarios y brillantes de la civilización cotidiana.

Noticias desmentidas de los periódicos,
Artículos políticos insinceramente sinceros,
Noticias *passez-à-la-caisse,* grandes crímenes
(A dos columnas y pase a la segunda página),
Olor fresco de la tinta de imprenta,
Carteles pegados hace poco húmedos todavía,
Vient-de-paraître amarillos con una faja blanca,
Cómo amo a todos, a todos,
Cómo os amo a todos de todas las maneras,
Con los ojos y los oídos y con el olfato
Y con el tacto (¡lo que para mí significa palparos!)
Y con la inteligencia que es como una antena que vibra.
Mis sentidos en celo por vosotros.

Abonos, trilladoras de vapor, progresos de la agricultura,
Química agrícola ¡y el comercio casi una ciencia!
Los muestrarios de los agentes viajeros,
Los agentes viajeros, caballeros andantes de la Industria,
Prolongaciones humanas de las fábricas y las calladas oficinas.

Novedades en las vitrinas, maniquíes, últimos figurines,
Artículos inútiles que toda la gente sueña comprar,
¡Hola!, grandes almacenes con múltiples departamentos,
Anuncios eléctricos que brillan, parpadean y desaparecen,
¡Todo lo que hoy se fabrica y por lo que hoy es diferente de ayer!

¡E-yá, cemento armado, betón, procedimientos novísimos!,
Avance en los armamentos gloriosamente mortíferos,
Acorazados, submarinos, cañones, ametralladoras, aeroplanos,
Os amo a todos, a todos, como una fiera,
Os amo carnívoramente,
Perversamente –y me veo ante mí mismo enroscado
En vosotras, oh cosas grandes, banales, útiles, inútiles,
Cosas totalmente modernas,
Mis contemporáneas, forma actual y próxima
Del sistema inmediato del universo,
Nueva revelación metálica y dinámica de Dios.

Fábricas, laboratorios, *music-halls, Luna-Park,*
Puentes, *docks* flotantes,
En mi mente turbulenta e incandescente
Os poseo como a una mujer hermosa,
Completamente os poseo como a una mujer hermosa y no amada,
A la que encontramos por casualidad y juzgamos interesantísima.

¡E-yá-o-e-yá, fachadas de las grandes lonjas,
Ascensores de los grandes edificios,
E-yá-o-yá, cambios de gabinete,
Parlamentos políticos, relatores de presupuesto,
Presupuestos adulterados!



(Un presupuesto es tan natural como un árbol,
Un parlamento es bello como una mariposa).

¡Eyá, interés por todas las cosas de la vida!,
Porque todo es la vida, desde los brillantes del escaparate
Hasta la noche, puente misterioso entre los astros
Y el mar antiguo y solemne, bañando las costas
Y misericordiosamente siendo el mismo que era
Cuando Platón era realmente Platón
En su presencia real y en su cuerpo con un alma dentro
Y hablaba con Aristóteles, que no sería su discípulo.

Yo podría morir triturado por un motor
Con el sentimiento delicioso de entrega de la mujer poseída.
¡Arrójenme a los altos hornos!
¡Tírenme debajo de los trenes!
¡Azótenme a bordo del crucero!
Masoquismo a través del maquinismo,
Sadismo de no sé qué moderno y yo mismo y barullo.

¡Jipa, jipi, *jockey* que ganaste el *Derby!*
¡Hincar los dientes en tu *cap* de dos colores!

(¡Ser tan alto que no pudiese entrar por ninguna puerta!
Mirar es en mí una perversión sexual.)

¡Epa, epa, catedrales!
Caer y partirme el cráneo con vuestras piedras
Y que me levanten de un charco de sangre
Sin que nadie sepa quién soy.

Tramways, funiculares, metropolitanos,
Frotadme hasta el espasmo,
¡Hila, hila, hila, ho! Reíd, reíd en mi cara,
Automóviles repletos de juerguistas,
Multitudes cotidianas ni alegres ni tristes en las calles,
Río multicolor y anónimo donde me baño a mis anchas.
¡Ah, cuántas vidas complejas, cuántas cosas en todas estas casas!
Enterarse de la vida de todos, las dificultades monetarias,
Los pleitos domésticos, los desórdenes que nadie sospecha,
Los pensamientos que cada uno tiene a solas en su cuarto
Y los gestos que hace cuando nadie lo puede ver.
No saber nada de esto es ignorarlo todo, oh rabia,
Rabia que como si fuese fiebre y celo y hambre
Me enflaquece la cara y me hace temblar las manos
Con absurdas crispaciones en mitad de las turbas,
En mitad de las calles llenas de encontronazos.

Y la gente vulgar y sucia que parece siempre la misma,
Que cada dos palabras suelta una palabrota,
Cuyos hijos roban en las puertas de los tendajones,
Cuyas hijas a los ocho años –¡todo esto es hermoso y lo amo!–
La gentuza que trepa los andamios y regresa a su casa
Por callejas casi irreales de estrechas y podridas,
Maravillosa gente humana que vive como los perros,
Abajo de todos los sistemas morales,
Para la que ninguna religión se ha inventado,
Ningún arte ha sido creado,
Ninguna política,
¡Cómo os amo a todos, por ser así,

La gran invasión de los bárbaros amarillos en Europa
Y otro Sol en un nuevo Horizonte!

¿Qué importa todo esto, qué puede importarle todo esto
Al fúlgido y rojizo ruido contemporáneo,
Al ruido cruel y delicioso de la civilización de ahora?
Todo esto acalla todo, salvo al Momento,
Al Momento de tronco desnudo y caliente como un fogonero,
Momento estridente, ruidoso, mecánico,
Momento, pasaje dinámico de todas las bacantes
Del hierro y del bronce y de la borrachera de metales.

¡E-yá, ferrocarriles, puentes, hoteles a la hora de la comida,
Aparatos de todas clases, férreos, brutales, mínimos,
Instrumentos de precisión, trituradoras, cavadoras,
Émbolos, tornos, rotativas,
E-yá, e-yá, e-yá,
Electricidad, nervios dolorosos de la materia,
Telegrafía sin hilos, simpatía metálica del inconsciente,
Túneles, canales, Panamá, Kiel, Suez,
E-yá, todo el pasado dentro del presente,
E-yá, todo el futuro ya en nosotros, e-yá,
E-yá, e-yá, e-yá,
Frutos de hierro del árbol-fábrica cosmopolita,

Ni siquiera inmorales de tan bajos, ni buenos ni malos,
Inaccesibles a todos los cambios,
Fauna maravillosa del fondo del mar de la vida!

(En la noria del patio de mi casa
Da vueltas el burro, da vueltas,
Y el misterio del mundo no es más grande que esto.
Limpia el sudor con tu manga, trabajador descontento.
La luz del sol humilla el silencio de las esferas
Y todos vamos a morir,
Oh pinares sombríos en el crepúsculo,
Pinares donde mi infancia era otra cosa,
Otra cosa y no esto que soy...)

Pero de nuevo esta rabia mecánica, constante.
Otra vez la obsesión del movimiento de los autobuses,
Otra vez la furia de estar al mismo tiempo en todos los trenes
De todos los lugares de todo el mundo,
Otra vez estar diciendo adiós a bordo de todos los barcos
Que a esta hora levan el ancla o despegan de los muelles,
¡Oh hierro, acero, aluminio, chapas de metal ondulado,
Muelles, puertos, convoyes, grúas, remolcadores!

¡E-yá, los grandes desastres ferroviarios,
E-yá, los derrumbes en las galerías de las minas,
E-yá, los naufragios deliciosos de los grandes trasatlánticos,
E-yá, las revoluciones aquí, allá, acullá,
Los cambios de constituciones, guerras, tratados, invasiones,
Ruido, injusticias, violencias y tal vez dentro de poco

E-yá, e-yá, e-yá, jo, jo, jo-o-o-ooo,
No existo por dentro, giro, ruedo, corro,
Me enganchan en todos los trenes,
Me izan en todos los muelles,
Giro en las hélices de todos los barcos,
E-yá, e-yá, e-yá, jo-ooo,
Soy el calor mecánico y la electricidad,
Y los rieles y los depósitos de maquinaria de Europa,
E-yá, hurra por mí en todo y por todo, hurra, máquinas ¡al trabajo!,
e-yá,
Saltar con todo por encima de todo, upa,
Upa, epa, upa, epa, op, jop, jop,
Z-z-z-z-z-z-z-z-z-z-z-z-z,
¡Ah, no ser toda la gente y estar en todas partes!

Tabaquería

No soy nada.
Nunca seré nada.
No puedo querer ser nada.
Aparte de esto, tengo en mí todos los sueños del mundo.

Ventanas de mi cuarto,
Cuarto de uno de los millones en el mundo que nadie sabe quién son
(Y si lo supiesen, ¿qué sabrían?)
Ventanas que dan al misterio de una calle cruzada constantemente
por la gente,
Calle inaccesible a todos los pensamientos,

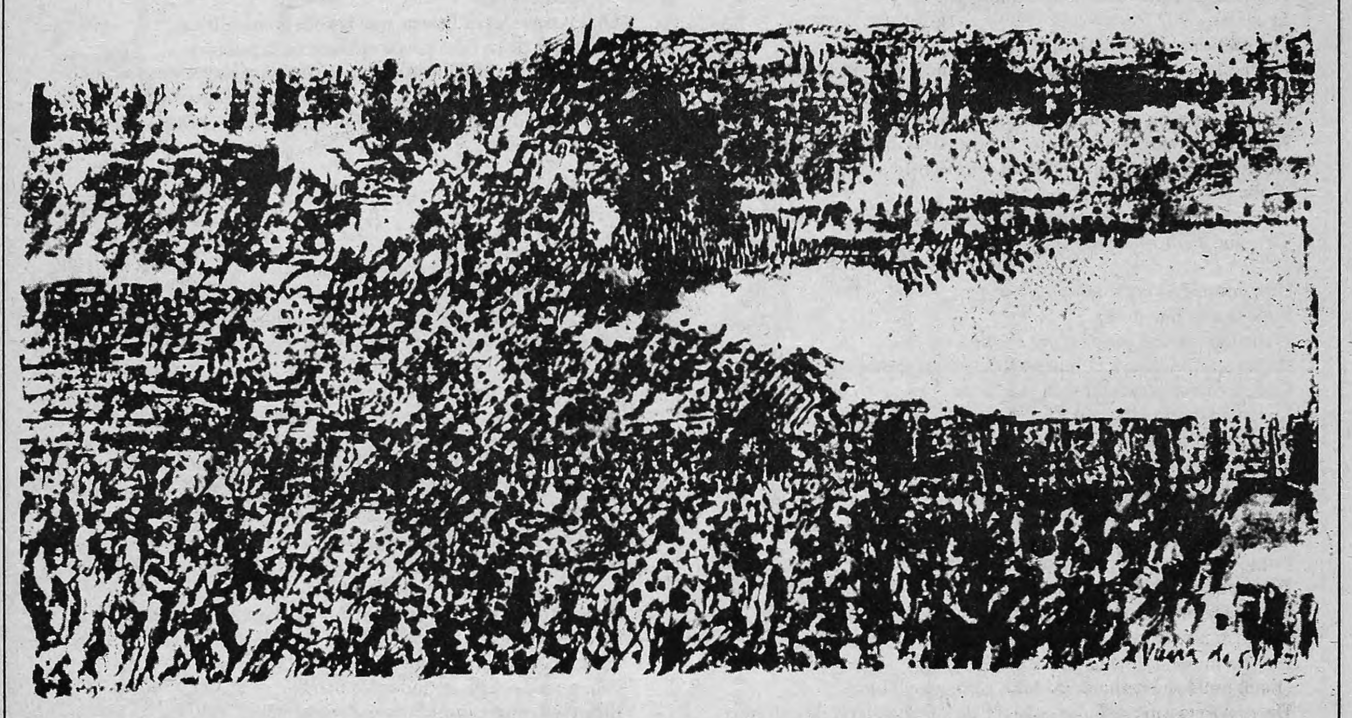
Real, imposiblemente real, cierta, desconocidamente cierta,
Con el misterio de las cosas bajo las piedras y los seres,
Con el de la muerte que traza manchas húmedas en las paredes,
Con el del destino que conduce el carro de todo por la calle de nada.

Hoy estoy vencido como si supiese la verdad,
Lúcido como si estuviese para morir
Y no tuviese más hermandad con las cosas que la de una despedida,
Y la hilera de trenes de un convoy desfila frente a mí
Y hay un largo silbido
Dentro de mi cráneo
Y hay una sacudida en mis nervios y crujen mis huesos en la arrancada.

Hoy estoy perplejo, como quien pensó y encontró y olvidó,
Hoy estoy dividido entre la lealtad que debo
A la Tabaquería del otro lado de la calle, como cosa real por fuera,
Y la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro.

Fallé en todo.
Como no tuve propósito alguno tal vez todo fue nada.
—Sí, de veras altas y nobles y lúcidas—
Quizá realizables,
No verán nunca la luz del sol real ni llegarán a oídos de la gente?

El mundo es para los que nacieron para conquistarlo
No para los que sueñan que pueden conquistarlo, aunque tengan razón.
He soñado más que todas las hazañas de Napoleón.
He abrazado en mi pecho hipotético más humanidades que Cristo.
He pensado en secreto más filosofías que las escritas por ningún Kant.
Soy y seré siempre el de la buhardilla,
Aunque no viva en ella.
Seré siempre *el que no nació para eso,*
Seré siempre sólo *el que tenía algunas cualidades,*
Seré siempre el que aguardó que le abrieran la puerta frente a un muro que no tenía puerta,
El que cantó el cántico del Infinito en un gallinero,
El que oyó la voz de Dios en un pozo cegado.



Lo que me enseñaron
Lo eché por la ventana del traspatio.
Ayer fui al campo con grandes propósitos.
Encontré sólo hierbas y árboles
Y la gente que había era igual a la otra.
Dejo la ventana y me siento en una silla. ¿En qué he de pensar?

¿Qué puedo saber de lo que seré, yo que no sé lo que soy?
¿Ser lo que pienso? ¡Pienso ser tantas cosas!
¡Y hay tantos que piensan ser esas mismas cosas que no podemos ser tantos!

¿Genio? En este momento
Cien mil cerebros se creen en sueños genios como yo,
Y la historia no recordará, ¿quién sabe?, ni uno,
Y sólo habrá un muladar para tantas futuras conquistas.
No, no creo en mí.
¡En tantos manicomios hay tantos locos con tantas certezas!
Yo, que no tengo ninguna ¿puedo estar en lo cierto?
No, en mí no creo.
¿En cuántas buhardillas y no-buhardillas del mundo
Genios-para-sí-mismos a esta hora están soñando?
¿Cuántas aspiraciones altas y nobles y lúcidas
¿Creer en mí? Ni en mí ni en nada.
Derrame la naturaleza su sol y su lluvia
Sobre mi ardiente cabeza y que su viento me despeine
Y después que venga lo que viniere o tiene que venir o no ha de venir.
Esclavos cardíacos de las estrellas,
Conquistamos al mundo antes de levantarnos de la cama;
Nos despertamos y se vuelve opaco;
Salimos a la calle y se vuelve ajeno,
Es la tierra entera y el sistema solar y la Vía Láctea y lo Indefinido.

(Come chocolates, muchacha,
¡Come chocolates!
Mira que no hay metafísica en el mundo como los chocolates,
Mira que todas las religiones enseñan menos que la confitería.
¡Come, sucia muchacha, come!
¡Si yo pudiese comer chocolates con la misma verdad con que tú los comes!
Pero yo pienso y al arrancar el papel de plata, que es de estaño,
Echo por tierra todo, mi vida misma.)

Queda al menos la amargura de lo que nunca seré,
La caligrafía rápida de estos versos,
Pórtico que mira hacia lo Imposible.

Al menos me otorgo a mí mismo un desprecio sin lágrimas,
Noble al menos por el gesto amplio con que arrojo,
Sin prenda, la ropa sucia que soy al tumulto del mundo
Y me quedo en casa sin camisa.

(Tú que consuelas y no existes, y por eso consuelas,
Diosa griega, estatua engendrada viva,
Patricia romana, imposible y nefasta,
Princesa de los trovadores, escotada marquesa del diecioche,
Cocotte célebre del tiempo de nuestros abuelos,
O no sé cual moderna –no acierto bien la cual–,
Sea lo que sea y la que seas, ¡si puedes inspirar, inspírame!
Mi corazón es un balde vacío.
Como invocan espíritus los que invocan espíritus me invoco,
Me invoco a mí mismo y nada aparece.
Me acerco a la ventana y veo la calle con una nitidez absoluta.
Veo las tiendas, la acera, veo los coches que pasan,
Veo los entes vivos vestidos que pasan,
Veo los perros que también existen,
Y todo esto me parece una condena a la degradación
Y todo esto, como todo, me es ajeno.)

Viví, estudié, amé y hasta tuve fe.
Hoy no hay mendigo al que no envidie sólo por ser él y no yo.

En cada uno veo el andrajo, la llaga y la mentira.
Y pienso: tal vez nunca viviste, ni estudiaste, ni amaste, ni creíste
(Porque es posible dar realidad a todo esto sin hacer nada de todo esto),
Tal vez has existido apenas como la lagartija a la que le cortan el rabo
Y el rabo salta, separado del cuerpo.

Hice conmigo lo que no sabía hacer
Y no hice lo que podía.
El disfraz que me puse no era el mío.
Creyeron que yo era el que no era, no los desmentí y me perdí.
Cuando quise arrancarme la máscara,
La tenía pegada a la cara.
Cuando la arranqué y me vi en el espejo,
Estaba desfigurado.
Estaba borracho, no podía entrar en mi disfraz.
Lo acosté y me quedé afuera,
Dormí en el guardarropa
Como un perro tolerado por la gerencia
Por ser inofensivo.
Voy a escribir este cuento para probar que soy sublime.

Esencia musical de mis versos inútiles,
Quién pudiera encontrarte como cosa que yo hice
Y no encontrarme siempre enfrente de la Tabaquería de enfrente:
Pisan los pies la conciencia de estar existiendo
Como un tapete en el que tropieza un borracho
O la esterilla que se roban los gitanos y que no vale nada.

El Dueño de la Tabaquería aparece en la puerta y se instala contra la puerta.
Con la incomodidad del que tiene el cuello torcido,
Con la incomodidad de un alma torcida, lo veo.
Él morirá y yo moriré.
Él dejará su rótulo y yo dejaré mis versos.
En un momento dado morirá el rótulo y morirán mis versos.
Después, en otro momento, morirán la calle donde estaba pintado el rótulo
Y el idioma en que fueron escritos los versos.
Después morirá el planeta girante en donde pasó todo esto.
En otros planetas de otros sistemas algo parecido a la gente
Continuará haciendo cosas parecidas a versos,
Parecidas a vivir bajo un rótulo de tienda,
Siempre una cosa frente a otra cosa,
Siempre una cosa tan inútil como la otra,
Siempre lo imposible tan estúpido como lo real,
Siempre el misterio del fondo tan cierto como el misterio de la superficie,
Siempre ésta o aquella cosa o ni una cosa ni la otra.

Un hombre entra a la Tabaquería (¿para comprar tabaco?),
Y la realidad plausible cae de repente sobre mí.
Me enderezo a medias, enérgico, convencido, humano,
Y se me ocurren estos versos en que diré lo contrario.

Enciendo un cigarro al pensar en escribirlos
Y saboreo en el cigarro la libertad de todos los pensamientos.
Fumo y sigo al humo como mi estela,
Y gozo, en un momento sensible y alerta,
La liberación de todas las especulaciones
Y la conciencia de que la metafísica es el resultado de una indisposición.
Y después de esto me reclino en mi silla
Y continúo fumando.
Seguiré fumando hasta que el destino lo quiera.

(Si me casase con la hija de mi lavandera
Quizá sería feliz).
Visto esto, me levanto. Me acerco a la ventana.
El hombre sale de la Tabaquería (¿guarda el cambio en la bolsa del pantalón?),
Ah, lo conozco, es Esteva, que ignora la metafísica.
(El Dueño de la Tabaquería aparece en la puerta).
Movido por un instinto adivinatorio, Esteva se vuelve y me reconoce;
Me saluda con la mano y yo le grito *¡Adiós, Esteva!* y el universo
Se reconstruye en mí sin ideal ni esperanza y el Dueño de la Tabaquería sonríe.

Apunte

Se partió mi alma como un vaso vacío.
Cayó por la escalera hasta abajo.
Cayó de las manos de una criada descuidada.
Cayó, hecha más pedazos que los que contenía el vidrio del vaso.

¿Absurdo? ¿Imposible? ¡Ahí está!
Tengo más sensaciones que las que tenía cuando me sentía yo.
Soy un montón de cascos desparramados sobre un tapete que van a sacudir.

Mi caída hizo un ruido de vaso que se estrella.
Los dioses reclinados en el pasamanos de la escalera
Miran fijamente los cascos en que su criada me convirtió.

No se enojen con ella.
Sean tolerantes.
¿Un vaso vacío era lo que yo fui?

Miran los cascos absurdamente conscientes,
Conscientes de sí mismos, no de ser conscientes.

Miran y sonríen.
Sonríen, tolerantes, a la criada que no lo hizo adrede.

Se despliega la gran escalera tapizada de estrellas.
Un casco brilla, tocado por el fulgor externo, entre los astros.
¿Es mi obra? ¿Mi alma principal? ¿Mi vida?
Un casco.
Y los dioses lo miran detenidamente pues no saben qué hace ahí.

Callos a la portuguesa

Un día, en un restaurante, fuera del espacio y del tiempo,
Me sirvieron el amor como callos fríos.
Dije delicadamente al misionero de la cocina
Que los prefería calientes,
Que los callos (y eran a la portuguesa) nunca se comen fríos.

Se impacientaron conmigo.
Nunca se puede tener razón, ni en el restaurante.
No comí, no pedí otra cosa, pagué la cuenta,


PERIOLIBROS



Y me fui a pasear por la calle.

¿Quién sabe lo que esto quiere decir?
Yo no lo sé y a mí me pasó...

(Sé muy bien que en la infancia toda la gente tuvo un jardín,
Particular o público o del vecino.
Sé muy bien que jugar era nuestro único mandamiento
Y que la tristeza es de hoy).

Esto lo sé de sobra,
Pero, si pedí amor, ¿por qué me trajeron,
A la portuguesa, callos fríos?
No es un plato que se pueda comer frío
Y me lo trajeron frío.
No me quejé, pero estaba frío,
No se puede comer frío pero llegó frío.

Al volante...

Al volante del Chevrolet por la carretera de Cintra,
A la luz de la luna y del sueño en la carretera desierta,
Manejo solitario, manejo casi despacio y un poco,
Me parece, o me esfuerzo un poco para que me lo parezca,
Que sigo por otra carretera, por otro sueño, por otro mundo,
Que sigo sin haber dejado Lisboa o sin tener que llegar a la Cintra,
Que sigo ¿y qué más haría sino seguir y no parar y seguir?

Voy a pasar la noche en Cintra para no pasarla en Lisboa,
Cuando llegue a Cintra sentiré pena por no haberme quedado
en Lisboa.
Siempre esta inquietud sin propósito, inconexa, sin resultado,
Siempre, siempre, siempre,
Esta angustia desorbitada del espíritu por ninguna cosa,
En el camino de Cintra, en el camino del sueño, en la carretera
de la vida...

Maleable a los movimientos subconscientes con que guío el volante,
Brinca debajo de mí y conmigo el auto que me prestaron.
Sonrío del símbolo, al virar hacia la derecha.
¡En cuántas cosas prestadas camino por el mundo!
¡Cuantas cosas que me prestaron manejo como mías!
¡Lo que me prestaron, ay de mí, eso soy!
A la izquierda de la casucha, sí, la casucha, al borde del camino,
A la derecha el campo abierto, con la luna a lo lejos.
El automóvil que hace poco parecía darme libertad
Es ahora una cosa que me encierra,
Algo que sólo puedo manejar si me tiene encerrado,
Algo que sólo domino si en él me incluyo y él en mí se incluye.

Atrás, a la izquierda, la modesta casucha, menos que modesta,
Qué feliz debe de ser ahí la vida: sólo porque no es la mía.
Si alguien me vio desde la ventana, pensará: aquél sí que es feliz.
Tal vez para el niño que mira tras los vidrios de la ventana de arriba
He sido (con el auto prestado) como un sueño, como un hada real.
Tal vez para la muchacha que ha mirado, al oír el motor, por la
ventana de la cocina, sobre el piso de tierra,
Soy algo de ese príncipe que duerme en todo corazón de muchacha,
Y ella quizá me ha mirado a hurtadillas, tras los vidrios,
hasta que me perdí en la curva.
¿Dejo sueños tras de mí o es el auto el que los deja?

En la carretara de Cintra, al claro de luna, en la tristeza, entre los
campos y la noche,
Manejando el automóvil prestado con desconsuelo,
Me pierdo en la carretera futura, me disuelvo en la distancia que
alcanzo...
Pero mi corazón se quedó en el montón de piedras, esquivado al
verlo sin verlo,
En el montón de piedras a la puerta de la casucha,
Mi corazón vacío,
Mi corazón insatisfecho,



Mi corazón más humano que yo, más exacto que la vida.

En la carretera de Cintra, cerca de media noche, al claro de luna, al volante,
En la carretera de Cintra, qué cansancio de mi propia imaginación,
En la carretera de Cintra, cada vez más cerca de Cintra,
En la carretera de Cintra, cada vez menos cerca de mí.

Escrito en un libro abandonado en un tren

Vengo del rumbo de Beja.
Voy hacia el centro de Lisboa.
No traigo nada y no encontraré nada.
Cansancio anticipado de no encontrar nada,
Mi nostalgia no es por el pasado ni por el futuro.
Dejo escrita en este libro la imagen de mi muerto designio:
Fui como la hierba y no me arrancaron.

POEMAS DE FERNANDO PESSOA

Cancionero

I

Hojas, audible sonrisa,
Apenas rumor de viento.
Si yo te miro y me miras,
¿Quién primero se sonríe?
El primero luego ría.

Ríe y mira de repente,
Lo mira por no mirar,
Entre las hojas tupidas
El son del viento pasar.
Todo es disfraz, todo es viento.

El mirar, que está mirando
Adonde no ve, se vuelve:
Estamos los dos hablando
Lo que no se conversó.
¿Esto se acaba o empieza?

II

Pasa una nube por el sol.
Una pena para el que ve.
El alma es como girasol:
Sólo mira al que tiene el pie.

¿Cuál hora maligna te enrolla,
Bandera que revuelta ondeas?
Pasa la nube. El sol retorna.
La alegría girasolea.

III

Remolino el viento.
Gira el aire, gira.
Va mi pensamiento
A soñar conmigo,

Hacia las alturas
De las arboledas,
Al sentir sin miedo
Pasar alto el fresco,

A saber que soy
Aquello que quise
Cuando oí decir
Lo que el viento dice.

IV

A la orilla de este río
O en los bordes de aquel otro,
Pasan en fila mis días.
Nada me impide o me impele,
Ni me da calor o frío.

Miro al río y a lo que hace
Cuando no hace nada el río.
Miro los rastros que deja
En su tránsito al borrarse
Lo que se ha quedado atrás.

Miro y mirando medito,
No en la corriente que pasa
Sino en lo que estoy pensando,
Pues lo que miro en el agua
Es no ver que está pasando.

Voy por la orilla del río
Que pasa no sé por dónde
Y a su corriente me fío:
Visto o no visto este río,
Él pasa y yo me confío.

V

Otro, ser otro siempre,
Viajar, perder países,
Vivir un ver constante,
Alma ya sin raíces.

Ir al frente de mí,
Ansia de conseguir,
Ya sin pertenecerme,
La ausencia que es seguir.

¡Viajar así, qué viaje!
Sólo en sus pensamientos
Mi pensamiento viaja:
El resto es tierra y cielo.

VI

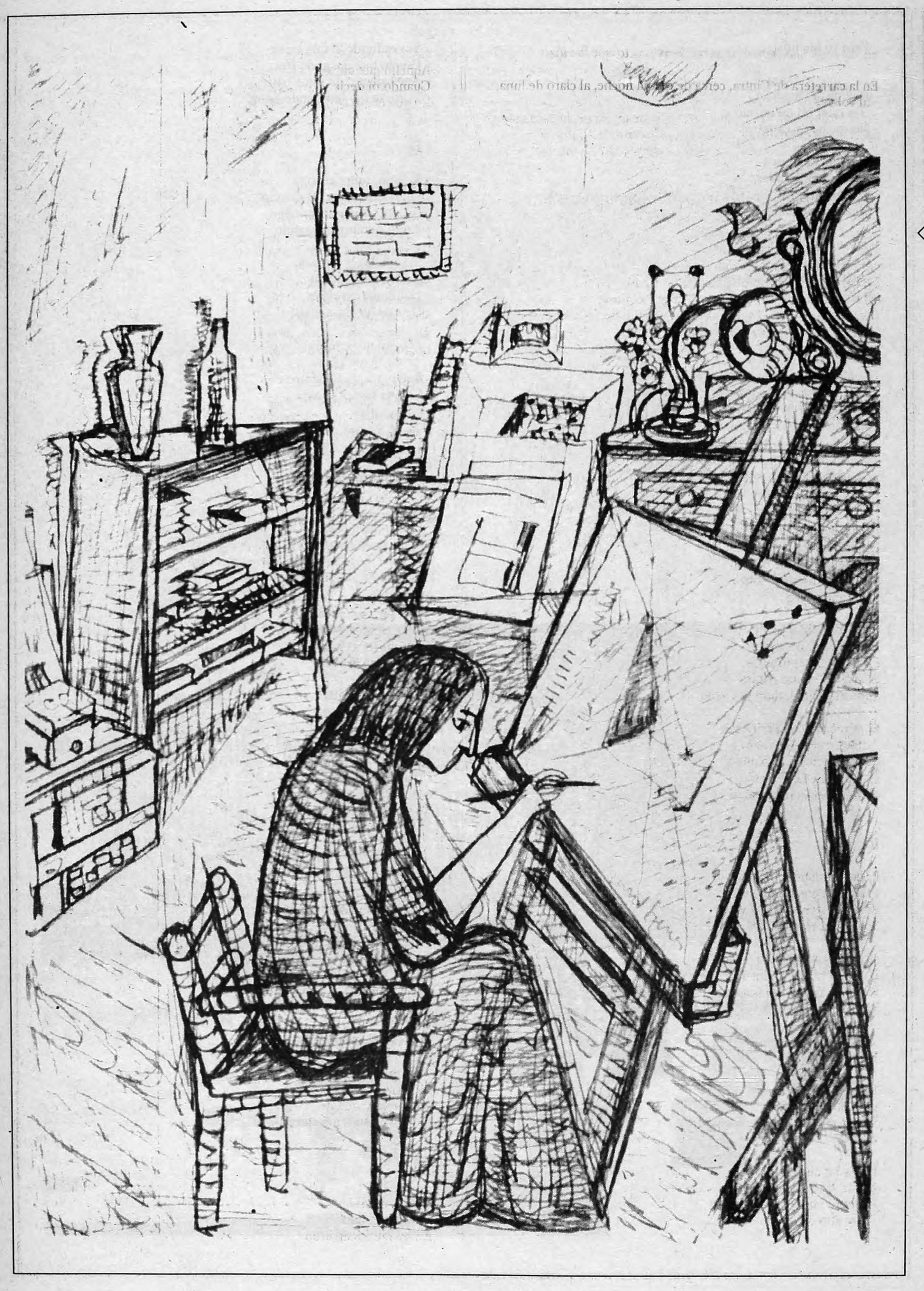
Si yo, aunque ninguno fuera,
Pudiese tener sobre la cara
Aquella claridad fugaz
Que aquellos árboles tienen,

Tendría aquella alegría
Que tienen por fuera las cosas,
Porque la alegría es de la hora
Y se va con el sol cuando enfría.

Más que la vida mía
Me valiese cualquier otra
¡Tener esta vida de extraño
Que sólo al sol me viera!

VII

Soy un evadido.
Luego que nací
En mí me encerraron



Pero yo me fui.

La gente se cansa
Del mismo lugar,
¿De estar en mí mismo
No me he de cansar?

Mi alma me busca
Por montes y valles.
Ojalá que nunca
Mi alma me halle.

Ser uno es cadena,
No ser es ser yo.
Huyéndome vivo
Y así vivo estoy.

VIII

Contemplo lo que no veo.
Es tarde. Avanza lo oscuro.
Todo lo que en mí es deseo
Se detiene frente a un muro.

El cielo es grande en la altura.
La arboleda es su sostén.
El viento por la espesura.
Hojas, presencia en vaivén.

Todo está del otro lado,
Donde no está ni lo pienso.
Y cada ramo agitado
Hace al cielo más inmenso.

Se confunde lo que existe
Con lo que dormido soy.
Nada siento, no estoy triste,
Triste es esto en donde estoy.

IX

Reposa, sobre el trigo
Que ondula, un sol parado.
No me entiendo conmigo,
Ando siempre engañado.

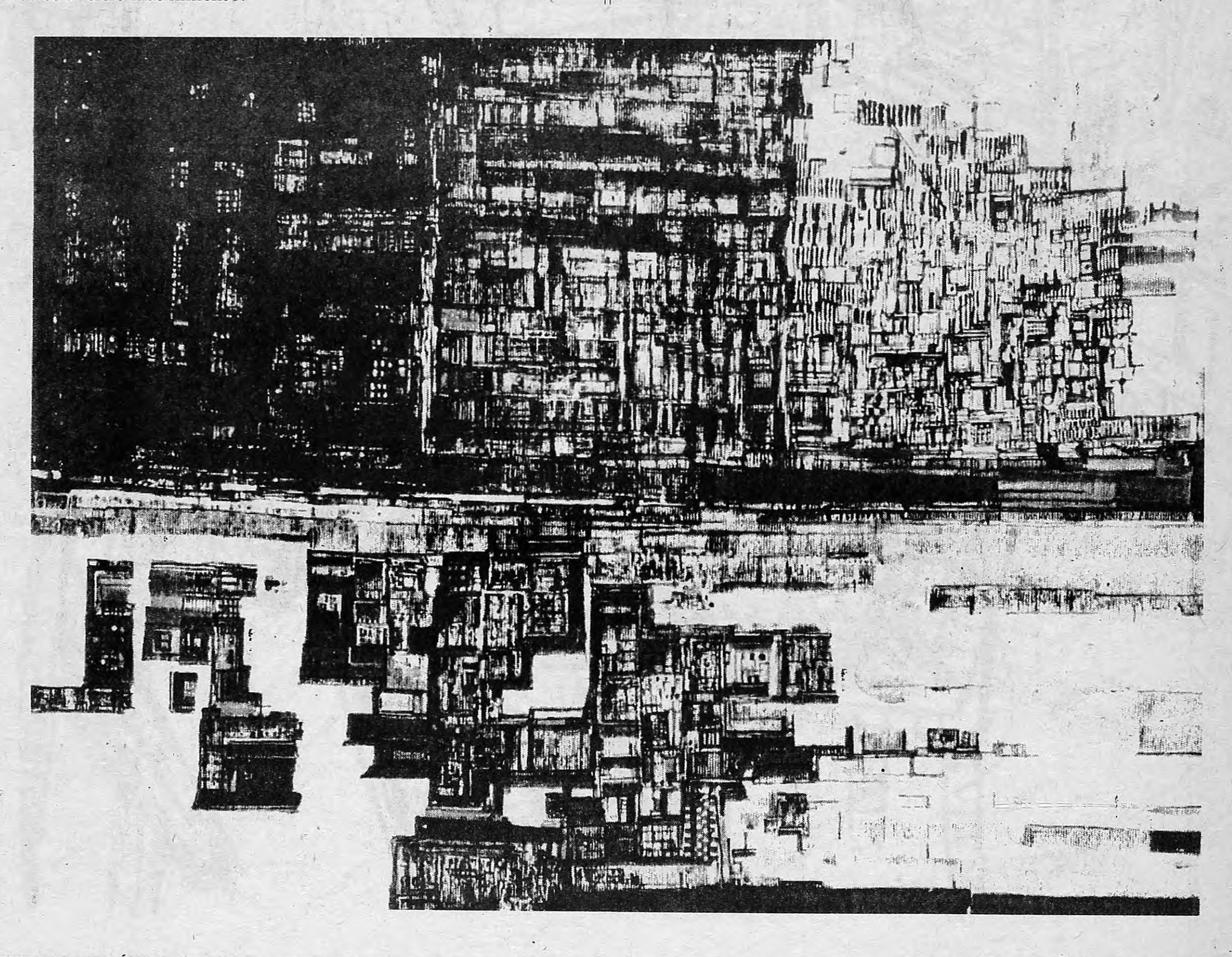
Si yo hubiese logrado
Nunca saber de mí,
Habríame olvidado
De este olvidarme así.

El trigo mece leve
Al sol ajeno, igual.
El alma aquí, ¡Qué breve,
Con su bien y su mal!

Mensaje

El infante don Enrique

En su tronco, entre el brillo de las esferas,
Con su manto de noche y soledad,
A sus pies el mar nuevo y las eras muertas,
–Único emperador que tiene en verdad
Al globo terráqueo en la mano.





Don Juan Segundo

Los brazos cruzados –linde del más allá del mar,
Parece un promontorio en alta sierra.
Confín de tierra que domina
Otro mar más allá de la tierra.
Su formidable bulto solitario
Con sólo estar presente llena mar y cielo.
Y parece temer el mundo vario
Que adelante los brazos y le rasgue el velo.

Alfonso de Albuquerque

De pie, sobre los países conquistados,
Baja los ojos cansados
De ver al mundo y la injusticia y el azar.
No piensa ni en la vida ni en la muerte.

Poderoso, no quiere tanto cuanto
Puede, que si tanto quisiese
Más sumisos mundos pisara
Que los que fundó a su paso.
Diole la suerte trece imperios recogidos del polvo.
Los creó como quien desdeña.

Epitafio de Bartolomeu Díaz

Yace en esta playa extrema
El Capitán del Fin. Doblado el Asombro,
El mar es el mismo: nadie lo tema.
Atlas, muestra alto el mundo en su hombro.

Otros poemas

Natividad

Nace un dios. Otros mueren. La verdad
No viene ni se va. Cambia el error.
Tenemos otra eternidad ahora.
Era siempre mejor la que ha pasado.

Ciega, labra la ciencia estéril gleba.
Loca, la fe en su culto vive un sueño.
Un nuevo Dios es sólo una palabra.
No busques, no des fe. Todo está oculto.

*

Lejos de mí, en mí existo.
Aparte de quien soy y de la sombra
Y el movimiento en que consisto.

*

No haber dios es un dios también...

*

Nostalgia eterna: poco duras.

*

Duermo. ¿Regreso o espero?
No sé. Otro fui
Entre lo que soy y quiero,
Entre lo que soy y fui.

*

Extensa y varia naturaleza –triste
Cuando por un vado de luz pasan las nubes.

*

En las pausas solemnes
De la naturaleza
Cantan gallos solemnes.

*

El sol te adoraba al cabeza rubia.
Tú muerta. Yo vivo.
Aún hay mundo y aurora.

*

También mis emociones
Son cosas que me acontecen.

*

Quiero, tendré,
No aquí,
en otro lugar que yo no sé.
Nada perdí,
Todo seré.

*

Exigua lámpara tranquila
Que te ilumina y me da luz,
Entre quien eres y yo soy, oscila.

Dos sonetos de "La Tumba de Cristián Rosencreutz"

I

Al despertar del sueño de la vida
Sabremos lo que somos, lo que fue
La caída en el cuerpo, el desplomarse
Hasta la noche que encerró nuestra alma.

¿Después sabremos toda la escondida
Verdad del todo ser, quietud que fluye?
No: ni el alma, ya libre y conocida,
Ni Dios, nuestro criador, en sí la incluyen.

Dios es un hombre de otro Dios más grande;
También tuvo caída, Adán supremo;
También aunque criador él fue criatura.

Y la Verdad murió por él... Le veda
El más allá a su Espíritu, el abismo;
En este mundo encarna, aquí es su cuerpo.

II

Aquí, donde vagar irreal somos,
Soñamos la verdad y lo que somos.
Si dormidos la vemos, es un sueño
–No la verdad: su imagen– lo que vemos.

Sombras buscando cuerpo, ¿si lo hallamos,
Cómo sentir su ser, cómo palparlo?
Sombras manos de sombra ¿qué tocamos?
El vacío tocamos, una ausencia.

¿Quién de esta alma cerrada nos libera?
Oímos, mas no vemos, en la sala
Contigua, al ser: ¿quién abrirá la puerta?...

...Quiero en su falsa muerte ante nosotros,
Cerrado el libro sobre el pecho expuesto,
El padre Rosacruz sabe y se calla.

ÍNDICE